

nición era muy considerable, estaba bien provista de víveres y alojada en casamatas abovedadas y á prueba de bomba.

No confiando Oglethorpe tomar la plaza por un golpe de mano, resolvió bloquearla; pero no habiendo podido impedir una introducción de nuevas tropas y municiones enviadas de la Habana y que penetraron en el estrecho de Matanzas para llegar con mas seguridad á San Agustín, levantó el sitio y regresó á Jeorjia.

Dos años despues, la España quiso usar de represalias: una expedición, formada en la isla de Cuba, se dirigió, en 1742, hácia las costas de Jeorjia. La escuadra anció cerca de la isla Simon, sobre la cual está construida Frederica, y la marea la ayudó en seguida á subir el rio de Alatomaha. Los Españoles tenían tres mil hombres de tropa, Oglethorpe solo setecientos; pero un ardid le salvó. Hizo salir misteriosamente de la plaza un hombre de confianza, y le encargó algunos despachos; sus comunicaciones anunciaban que esperaba cada minuto socorros de la Carolina, y que San Agustín estaba amenazada de un próximo ataque por la escuadra del almirante Vernon. Oglethorpe habia encargado á su confidente que se dejase cojer, y habia previsto que sus cartas serian puestas en manos del jeneral español: este concibió grandes recelos sobre la suerte de la Florida que estaba entónces sin tropas, y abandonó precipitadamente el sitio de Frederica, para socorrer á San Agustín. La buena ocasion habia pasado: la tentativa contra la Jeorjia no se renovó, y el almirante Vernon no probó la invasión noticiada por Oglethorpe.

La escuadra de este almirante habia llegado al golfo de Méjico, muchos meses despues de la declaración de guerra entre Inglaterra y España: se habia apoderado, en 1740, de Porto-Bello y habia destruido las fortificaciones de esta plaza. Luego se presentó Vernon delante de Cartajena; pero su nueva expedición fué desgraciada, y se vió obligado á

levantar el sitio, mientras que por Lóndres se esparcía la noticia de su victoria. Durante esto, otra división naval, mandada por Anson y, que salió de los puertos de Inglaterra en setiembre de 1740, iba á atacar las posesiones españolas del mar del Sur; penetró allí en 1741, se apoderó de Paita, en las riberas del Perú, orilló las costas occidentales de América hasta el puerto de Acapulco, y atravesando en seguida el Grande Océano, fué á atacar y capturar cerca de Manila el galeon que iba anualmente de Méjico á las Filipinas.

La Inglaterra, al obtener estos sucesos marítimos, se proponía un objeto mas duradero que la victoria. Sus fuerzas navales eran las auxiliares de su comercio, y esta potencia procuraba estender sus relaciones con nuevos países, para introducir en ellos los productos de su industria. Eran considerables los gastos de su marina; pero lo eran mas los beneficios de su comercio.

La actividad de los astilleros de la metrópoli influyó de una manera favorable en la prosperidad de las colonias. La Inglaterra, continuamente ocupada en los progresos de su navegación, quería reunir en sus puertos una gran cantidad de municiones navales, y por mucho tiempo las habia sacado del norte de Europa. La Suecia y la Rusia le proveían de maderas de construcción, de brea para el calafateo, de cáñamos para la fabricación de velas y cables; este comercio era el objeto de las primeras relaciones que la Gran Bretaña habia abierto con los diferentes puertos del Baltico: les llevaba en cambio los productos de su territorio, los de sus manufacturas cuya actividad siempre iba en aumento; y los desarrollos de su marina militar y mercante eran el resultado de sus numerosas importaciones. No tardó en observar la Inglaterra que sus colonias de América estaban en estado de poder proveer las necesidades de sus astilleros, y que le seria útil extraer de allí una parte de las materias que hasta entónces habia recibido del extranjero. Eso era retener en las posesiones británicas

el numerario con que se pagaban los cambios; y si el comercio es provechoso mutuamente á los vendedores y á los compradores, si fomenta por una y otra parte el trabajo y la industria, si es uno de los principales elementos de la felicidad de las naciones, la Inglaterra estaba sin duda interesada en enriquecer unos y otros habitantes de sus propios dominios, y prefería sus relaciones á las del extranjero.

La esportación de las municiones navales recibió entónces nuevos estímulos en las colonias inglesas, y principalmente en las del norte, donde era mejor la calidad de las maderas. La extracción de la resina, el cultivo del cáñamo, los trabajos de las minas de hierro y de las fraguas fueron mas activos; acudió un número mucho mayor de trabajadores acostumbrados á estas obras, y se aprovechó su trabajo no solo para aumentar la masa de las esportaciones destinadas á la metrópoli, sino tambien para dar nuevo movimiento á la industria colonial. Boston y los demás puertos multiplicaban el número de sus buques, al mismo tiempo que daban al comercio de Inglaterra una gran cantidad de maderas de construcción que solo debían ser empleadas en Europa. El semillero de marineros crecía en la misma proporción, por un efecto de este movimiento natural que hace que los hombres laboriosos concurren á todas las partes donde pueden contar con algunos recursos; y luego resultó de esta dirección, dada á la industria, una variedad muy grande de especulaciones y de expediciones marítimas. La pesca fija que los habitantes podían hacer á lo largo de las costas recibía nueva actividad: el cabotaje ejercido en las aguas de las colonias, y cuyo destino era proveer con mutuos cambios una parte de sus necesidades, hacia rápidos progresos; y los barcos, no empleados por el comercio de la plaza donde habian sido construídos, eran muchas veces comprados ó comisionados por los extranjeros. Los beneficios de su venta y flete eran á favor de la colonia; y cualquiera que fue-

se el empleo definitivo de las naves que habia equipado, ó cuyos materiales habia suministrado, tanto á la metrópoli, como á otros países, ella era la que recojía el precio de su trabajo.

La guerra entre Inglaterra y España no habia paralizado, en las colonias inglesas, la actividad de una industria que se ejercía principalmente hácia el Norte y lejos de las fronteras de la Jeorjia y de la Florida, únicas que entónces habian estado espuestas á mutuas invasiones. Las provincias del Norte habian continuado gozando de una entera seguridad; podían usar con libertad todos sus recursos; y la paz que se habia mantenido durante treinta años entre la Francia y la Gran Bretaña, desde la conclusión del tratado de Utrecht, no habia sido turbada en sus posesiones de América sino por algunas disputas locales y pasajeras, prontamente calmadas por la autoridad de las metrópolis.

En los primeros años de la paz, la Inglaterra habia probado mantenerse firme en la ocupación de la Acadia. Una guarnición y una colonia inglesa habian sido estacionadas en Puerto Real, que tomó entónces el nombre de Annápolis, en honor de la reina; este era un puerto seguro y espacioso; su entrada era fácil de defender; pero las corrientes y los hielos lo hacían á veces menos accesible que los puertos de la costa oriental. Cuando la Inglaterra se estableció allí, dos mil Franceses, que no quisieron renunciar á su patria, se retiraron á la isla de Cabo Breton, que se habia abandonado á la Francia, y donde se habia fundado la ciudad de Luisburgo. Esta nueva situación variaba muy poco su suerte: el clima era el mismo que el de Acadia; la pesca era abundante en las aguas de esta isla; y si bien el territorio era menos vasto, bastaba á lo menos para todos los refugiados que pasaban allí.

Otras familias francesas, dispersas en el interior ó hácia los límites septentrionales de la Acadia, probaron de conservar su independencia. Al principio, como esperaban algunos

auxilios de la metrópoli, y deseaban conservar la colonia, defendían á palmas su territorio. Cuando tuvieron que ceder á la fuerza, probaron de obtener por capitulación el privilegio de no tener que hacer armas contra su antigua patria. A este precio consentían en permanecer en los cantones que habían desmontado; y el gobierno británico prefirió conservar en la colonia aquellos cautivadores tranquilos é inofensivos, mas bien que privarla de su industria y de su trabajo. Así es que un gran número de Franceses continuaron su residencia en Acadia: allí eran mirados como una población neutra, y ellos no abusaron jamás de la prerrogativa que se les había conservado. Tenían por entonces cierto interés en tenerlos contentos. Los establecimientos ingleses eran todavía poco numerosos en aquella provincia; mas mientras duró la paz, se multiplicaron y se ocuparon sucesivamente las diferentes partes del litoral: erijéronse allí fuertes, se enviaron tropas, y, en 1743, fundaron Halifax cerca de la bahía de Chiboutou. Esta ciudad, llegada á ser capital de la Acadia, que designaron desde entonces con el nombre de Nueva Escocia, fué mirada como un nuevo centro de colonización: inmediatamente fueron á ella cuatro mil pasajeros, llegados de Inglaterra ó del continente europeo; y la ciudad de Lunenburg fué bien pronto fundada por seiscientos Alemanes, que se habían dirigido en primer lugar sobre Halifax, y que en seguida buscaron un territorio mas fértil.

El parlamento británico miraba como empresa nacional el pronto acrecentamiento de esta colonia; y al efecto concedía á todo militar que quisiese establecerse en ella pasaje gratuito, algunos muebles de primera necesidad, un trozo de tierra para desmontar, instrumentos aratorios y provisiones de boca para un año, con el fin de que pudiesen pasar hasta la primera cosecha. Las familias que no pertenecían al ejército fueron clasificadas como á militares, y obtuvieron concesiones análogas, conforme al carácter

civil que tenían. A fin de precaver á Halifax de toda sorpresa, cercáronle de empalizadas y atrincheramientos; sin embargo, los desmontes de la comarca circunvecina iban muy despacio, construíanse muy pocos caseríos, y el país quedaba espuesto á las incursiones de los salvajes, en términos que apenas se atrevían á salir de la plaza: así es que el temor cada dia mas inminente del peligro se opuso por mucho tiempo al progreso de la población inglesa y á la prosperidad de la agricultura.

LIBRO QUINTO.

SUCESOS DE LA GUERRA DE 1745; TRATADO DE AQUISGRAN. — SUBLEVACION DE LOS CREEKS CONTRA LAS COLONIAS INGLESAS. — HOSTILIDADES QUE PRECEDEN EN AMÉRICA A LA DECLARACION DE GUERRA DE 1756. — CONTINUACION DE LAS OPERACIONES MILITARES. — ROMPIMIENTO ENTRE LOS INGLESSES Y CHEROKEES. — INVASION DEL CANADA. — TRATADOS DE PAZ DE 1763. — CESION DE LA LUISIANA A ESPAÑA.

La Inglaterra con la adquisición de la Acadia, que había poseído posegadamente desde la paz de Utrecht, no veía satisfechas aun todas sus miras de engrandecimiento colonial; porque las ventajas que podía reportar de esta cesion se hallaban acotadas de un lado por los establecimientos que había conservado la Francia al norte de la bahía de Fundi, y del otro por la posesion de la isla de Cabo Breton, que no parece sino un puesto avanzado de esta colonia, de la que solo la separa un pequeño estrecho.

Por mucho tiempo había despreciado la Francia la isla de Cabo Breton; pero mas tarde reconoció la importancia de este territorio: tiene de largo cincuenta leguas sobre treinta de ancho; en su interior se hallan grandes lagunas que proporcionan fáciles comunicaciones, y sus playas de oriente y mediodía tienen muchísimos puntos de desembarco, con buenos surjideros, entre ellos la ba-

hía de Luisburgo, que es de las mas capaces y seguras.

Vióse que esta isla, por hallarse situada á la entrada del golfo de san Lorenzo, ofrecía un cómodo depósito para recibir de los Canadenses pieles finas y otros productos de su país, llevando en cambio una parte de los jéneros venidos de Francia, con que los fletes de la navegacion quedaban repartidos entre ellos y la metrópoli. Este depósito parecía tanto mas útil cuanto la navegacion del Océano y la del golfo y rio de san Lorenzo requieren buques de diferente tamaño: los unos calan demasiado para subir el rio, y los otros son muy endebles para una larga navegacion; y una escala intermedia permite traspasar los cargamentos de Quebec y de los puertos de Francia.

El principal recurso en Cabo Breton era la pesca, que podía igualmente estenderse hacia el Océano, en varios puntos del golfo y en toda la parte inferior del rio. El comercio iba á tomar un vuelo importante con la cura del pescado y la preparacion de los aceites, y además con las maderas de carpintería, resinas, carbon de piedra y otras producciones del territorio que un sistema de cultivo bien dirigido podía aun acrecentar. Por otra parte, los excelentes puertos de esta isla eran otros tantos apostaderos cómodos y bien situados para las escuadras que en tiempo de guerra debían proteger las pesquerías francesas y las avenidas del Canadá.

No se le escapó al ojo avizor del gobierno británico esta reunion de ventajas mercantiles, de recursos marítimos y de medios de agresion que podía prometerse la Francia de la isla de Cabo Breton; y cuando finalmente se rompió la guerra entre las dos potencias, la Nueva Inglaterra hizo preparativos en 1745 para atacar esta colonia: levantó un cuerpo de cuatro mil hombres, armados y mantenidos por los habitantes; el comercio aprontó los buques de transporte, y el gobierno británico, al paso que apoyó esta empresa, mandó para sostenerla cuatro buques de

guerra á las órdenes del almirante Wren.

La plaza de Luisburgo fué atacada por tierra y por mar, y sostuvo un largo sitio: luego despues de estar declarada la guerra, había pedido socorro al gobierno francés; pero el buque que se lo llevaba no llegó hasta que ya estaba puesto el sitio; y habiendo sido apresado por la escuadra inglesa, la ciudad se vió reducida al último apuro, hasta que finalmente tuvo que capitular, despues de una resistencia de cincuenta dias, en cuyo tiempo consumió todos los víveres y municiones, y quedaron destruidos sus atrincheramientos. La población de la colonia, que constaba de dos mil almas, fué toda deportada, y los habitantes embarcados en la escuadra y conducidos á Brest, donde el gobierno francés acudió á sus necesidades. Los usos de la guerra y el derecho de jentes, que las hostilidades no pueden interrumpir, han prescrito en todos tiempos que á los habitantes de las poblaciones que se toman se les deje en libertad de permanecer en ellas con tal que se sujeten á las leyes; pero el espatriar á los moradores fué traspasar todas las prerrogativas de la victoria.

Señores en el mar entónces los Ingleses, no eran tan venturosos en el continente europeo; y el mismo año en que se apoderaban de una plaza de América, con tan escasos medios de defensa, los Franceses obtenían sobre ellos la toma de Fontenoy, ocurrida en 12 de mayo de 1745, victoria que debe reputarse como de las que deciden la suerte de una campaña, y la llevan á cabo. En los dos años siguientes la suerte favoreció igualmente sus armas: brillaron en la batalla de Rocoux, en la de Laufeld, en la toma memorable de Berg-op-Zoom, y despues de una serie de esclarecidos triunfos, concluyó Luis XV en 1748 el tratado de paz de Aquisgran, en el cual, á mas de otras muchas cláusulas honrosas para la Francia, se estipuló la devolucion de la isla de Cabo Breton, y que las posesiones coloniales volviesen al mismo